

—Si tuviésemos las orillas del Arno para lavar la paja y blanquearla, no echaría de menos á mi patria, me dijo. El amo es bueno, trabajo cantando. Cuando tejo mi obra, paja por paja, y junto una tira, estoy orgullosa de que salgan de mis manos sombreros tan finos como los de Florencia.

Yo pasaba las horas mas ardorosas del sol bajo la sombra en leer los antiguos romanos, esos dioses de la agricultura, y en seguir bien con la vista las abejas trabajando en sus panales alrededor de sus techos de pajas. Muchas veces al acercarse el crepúsculo me dejaba bajar por el río á la esclusa; iba al molino á ver trabajar á los molineros, y á ver como las piedras hacen pedazos el grano y lo reducen á harina, y cómo la harina se separa despues del salvado,

romanos los emplearon mucho tiempo: los esclavos y los condenados eran los que daban vueltas al molino. Solo en el siglo de Augusto se sustituye la fuerza del agua á la del hombre y los animales. En el libro II de Vitrubio se halla una descripción del molino de agua. Plinio, que escribía su historia natural sesenta años despues que Vitrubio, habla de ellos como de cosas curiosas y poco usadas. Antipater de Tesalonica celebra en un curioso epigrama la nueva invención de los molinos de agua: «Mugeres, cuyos hermosos brazos se fatigan en moler el trigo: ¡descansad! Dejad al vigilante gallo cantar y levantarse á la aurora: dormid cuanto querais. Las náyades harán vuestro trabajo: Ceres lo manda. Ya se lanza de lo alto una rueda á hacer dar vueltas á un eje; el eje por los rayos que le rodean hará



Sombreros.—Sillas.—Esteras.—Juguetes.

Reflexionaba delante de aquel mecanismo en los progresos incesantes de la sociedad. Desde el salvaje que muele groseramente su grano sobre dos piedras, al vapor que muele en nuestras enormes máquinas, ¡qué distancia! Ha sido preciso pasar, primero por el molino de brazo, que dando un movimiento de rotación regular, substituyó con ventaja á la acción desigual de la mano; despues por el molino de agua, y despues por el de viento.

El uso de los molinos de brazo se remonta á una alta antigüedad: «Desde el primogénito de Faraon que está sentado sobre su trono, hasta el primogénito mas humilde de la criada que da vueltas á la piedra del molino,» dice el Exodo. También se habla de los molinos de mano en la Odisea. Los

mover la pesada masa de las piedras del molino. Ya hemos vuelto á la vida feliz, al dulce descanso de la edad de oro. ¡No mas cuidados! Gozad sin fatiga de los presentes de Ceres.»

Mi amigo había venido á buscarme para comer. Esta hora era la de nuestras disertaciones, en la que nos engolfábamos en consideraciones sobre la población con arreglo al territorio, sobre la prosperidad ó caída de los gobiernos segun la época de abundancia ó de carestía. Nuestros dos agrónomos estaban muy versados en estas cuestiones capitales.

—Es una preocupacion generalizada en Francia, sostenia el filósofo alemán, que el territorio produce abundantes



granos en una cosecha para alimentar á sus habitantes durante dos ó tres años. Esta preocupacion desaparecería por sí misma si se notase que semejante abundancia daría en dos años un excedente de cuatro años para el consumo. Porque despues de un cierto tiempo de fertilidad, á pesar de las preocupaciones, se abarataría de tal modo que sería preciso renunciar á su produccion. Este error es tanto mas funesto, cuanto que en los tiempos de carestía el pueblo acusa á los agricultores, á los tratantes en granos y á los panaderos, de producir con sus manejos el alza que se manifiesta en los mercados. Entonces tienen lugar esas escenas de desórden que paralizan el comercio: el productor conserva su trigo, y una simple carestía se cambia en hambre. El temor produce tan rápidos efectos, que si la cosecha fuese una décima parte menor, el precio del trigo aumentaría un tres por diez; por dos décimos, á ocho décimos; por tres décimos, á diez y seis décimos....

Lord Corn tomó á su vez la palabra.

—Estas consideraciones demostrarán á ustedes el grande é inmenso papel que representa el trigo. Si hay trigo hay subsistencias: luego el trigo en un Estado es todo. No es solamente el alimento, es tambien la fuerza, la industria, la defensa, la tranquilidad de un país.

—Sería menester, dije yo, que los santos hiciesen sufrir en España el castigo de los panaderos de Salzburgo: él nos es demasiado indispensable.

Entrando en la iglesia de San Pablo de Salzburgo, se ve colgada en el átrio una piedra redonda y chata del color y figura de un pan de cuatro libras. Cuéntase que una muger de la ciudad, habiendo amasado el día de San Fidel, una vecina la reprendió porque no santificaba aquel día. La muger se escusó diciendo que un santo tan bueno no se incomodaría por aquello. ¡Pero cuál no fué su asombro cuando al ir á sacar su pan del horno no encontró mas que piedras! de las que solo se conservó una que se llevó á la iglesia en memoria de aquel milagroso castigo.

—¡Dios mío! replicó el doctor, los panes de piedra se comen. Los lapones en las grandes hambres mezclan una sustancia mineral conocida bajo el nombre de *bergmehl* (harina de las montañas), á sus harinas de cereales para hacer pan, que miran como un don del Gran Espíritu de los bosques. Esta harina fósil, analizada por Berzelius, encierra además de una parte animal, una cantidad notable de sílice. Examinándola al microscopio, se descubren en ella diez y nueve especies de infusorios ó carapaces silíceos. Es verdad que Mr. Humbolt escribía con motivo del pan fabricado con harina de las montañas: «se ha comido en el territorio de Degefort, sobre las fronteras de la Laponia, pero yo no digo que se hayan alimentado con él.»

Este pan le he visto en Suecia; no es piedra, pero es poco menos duro: es madera. En el Norte de la Dalecarlia los indigentes no amasan pan mas que una ó dos veces al año. Este pan es una mezcla de cebada, avena y corteza de árboles muy amasado y triturado, lo que le hace tan duro, que es preciso tener dientes dalecarlianos para comerlo.

Estamos lejos de estas costumbres nosotros. Nuestro pan es rico y con todas las propiedades alimenticias. El glúten, el ázoe y otros principios abundan en él. Los químicos han sacado un 42 por 100 de glúten de la harina. El trigo contiene sobre 68 á 74 por 100 de almidon, y de 40 á 42 de extracto gomoso azucarado. Todas estas sustan-

cias son nutritivas, pero el glúten, como materia vegetal, es por consecuencia mas alimenticia que los principios animales de las otras, y constituye por su abundancia la buena calidad de la harina, lo que los panaderos saben muy bien, pues si la pasta está tirante, cuanto mas lo esté dicen que es mejor el pan.

—¡Oh! el pan!... exclamó lord Corn con entusiasmo. ¡El pan es todo! Es el alimento esencial del hombre. ¡Qué papel representa en la vida! Así decimos, ganar el pan, tener pan. En la religion pagana el alma del *gran todo* era el dios Pan, el dios de la universalidad.

—Tambien la religion cristiana ha dado grandísima importancia al pan. En la oracion en que el mismo Jesucristo nos enseña á orar, todas las peticiones corporales están refundidas en estas palabras: *el pan nuestro de cada día dánosle hoy*. En los momentos en que el Salvador del mundo quiso dar á los hombres la mayor prueba de su amor, permaneciendo con ellos hasta la consumacion de los siglos, fué el pan la materia que escogió para trasformarla en su adorable cuerpo.

## VI.

La siega y las bodas.—El dote de la novia.—Los provenzales y las marismas.—Leopoldo Roberto.—Las fiestas de los pájaros y de las espigaderas.

Llegó julio, y con julio la siega. Un sol mas ardiente brilló en el cielo y maduró las últimas espigas del trigo: con sus cabezas cargadas de grano inclinaban humildemente hacia la tierra, en un gracioso maridage su rubia cabellera con las encarnadas amapolas y las azules florecillas del campo.

Francisco habia marchado la víspera para Arzew. Nos habia dado cita en el campo del Grano donde se solemnizaba la siega, y allá nos dirigimos al amanecer. De lejos vimos un alegre y risueño tropel que cantaba á compás, agitando en el aire ramos de palma, y saludando con entusiasmo el nombre del amo. En medio de aquel festivo y ruidoso tropel reconocimos á Francisco. Llevaba por la mano á una joven árabe vestida con sencillez, pero de extraordinaria y deslumbradora hermosura. Una corona de rubias espigas entrelazaba sus cabellos de azabache, rodeando su fresca frente, y presentando el contraste mas encantador. No se puede imaginar mejor á Ceres africana: era Edjir. Acababan de llegar aquellos dos seres nacidos el uno para el otro; nacidos, sin embargo, bajo climas y condiciones tan distantes, y que la suerte, por un capricho, habia reunido.

Despues que ofrecimos nuestro cumplidos á la feliz pareja:

—Señores, dijo Edjir con el mas puro acento francés, este es el dote de la novia.

Y sacó de su pecho un pequeño estuche artísticamente trabajado; le abrió y sacó de él... el mismo grano de trigo que habia cogido en ausencia de Francisco y tantas lágrimas la habia costado. Un grano semejante, continuó, ha enriquecido esta tierra: debia haber causado mi desgracia y la de mi familia; enriquecerá al mundo: vamos á sembrarlo.

Aun no habia terminado, cuando el estuche se vió arrancado de sus manos.



—¡Oh! ¡yes! ¡yes! gritaba lord Corn; ¡ya le tengo, ya le he encontrado! ¡El trigo puro, el trigo universal!

Y al decir estas palabras huye tan rápido como Aquiles con los pies ligeros, llevando su conquista.

—¡Milord! ¡milord! ¿Dónde correis así? gritaba todo el mundo.

—A Tombouctou, á Tombouctou, al Monomotapa.

Estas fueron sus últimas palabras.

—Es de la familia del centeno, murmuró el doctor Agrícola.

En tanto la reina de la fiesta había inaugurado los trabajos de la siega con solemne aparato. Los segadores se pusieron á segar, y de distintos puntos del campo se levantaban cadenciosos cantares provenzales.

La siega en las costas de la Argelia recuerda las costumbres meridionales de la Francia. La mayor parte de los segadores vienen de Provenza. ¿Quién no conoce la alegre peregrinación del Mediodía? Los franceses son los que hacen, como en Castilla los gallegos, la siega en Argelia. Siega, fiesta alegre, lo mismo en Argelia que en Francia y en España. ¿Qué contraste no forman con las de Italia! En el campo romano la siega es un luto. De la morada feliz de Saturno no queda ya vestigio: no queda mas recuerdo que la tradición cantada por Virgilio. Así, los pobres sabinos que dejan sus llanos y sus montañas, los naturales de Luca y de los Abruzos para segar las llanuras romanas, son contados: Por un módico salario vienen allí, sin alegría, y contra su gusto, á esponder su juventud á la maligna influencia del Aria cattiva, y á trabajar penosamente bajo una dirección rigurosa y una severa disciplina. Se encuentra al segador romano en inmensas bandadas, colocado en una sola línea, adelantándose lentamente al movimiento regular y ordenado que marca el caporal, armado de su látigo. Nada interrumpe el triste silencio que reina en medio de aquella multitud. No se oye mas que el ruido de las hoces que cortan, la espiga que cae; por la noche todos paran, y no todos responden á la lista: tales el estado de las marismas. Leopoldo Robert ha estado inspirado: ¡cuán admirablemente ha espresado aquellas melancólicas escenas en su cuadro de los segadores! Si su genio hubiera presenciado la solemne fiesta del *grano de trigo*, habría producido la verdadera fiesta de la siega, hubiera hecho un cuadro resplandeciente de alegría.

La comida de boda se celebró en medio de los haces de espigas cortados por los segadores. La alegría, los chistes, las risas, las conversaciones animadas, coronaron el festín de los esposos, y los tragos de los segadores. Cuando los rayos del sol estuvieron próximos á desaparecer tras las altas cimas del Atlas, volvimos á la casa subidos en los carros cargados de los haces de trigo. Francisco había permitido entrar en el campo á las espigadoras.

—Hoy es la fiesta de los pájaros, dijo.

Le pedimos que nos explicase estas palabras.

—Hay en las provincias septentrionales de Suecia una costumbre que consiste en esponder el día de Navidad algunos haces de trigo, espresamente conservados, sobre estacas plantadas en tierra, inmediatas á las habitaciones. Cada aldeano cumple religiosamente este deber, y los pajaritos tienen algunos granos que picar, en una estación tan rigurosa y á tan alta latitud, cuando nada hallan de que alimentarse, siendo un inestimable hallazgo. Ved aquí,

pues, la explicación de esta antigua costumbre. «Es necesario, dicen, que todas las criaturas vivan y se alegren saludando el aniversario de la venida del Señor.» Hoy es la pascua de las espigadoras que se alegran saludando la venida de Edjir.

## VII.

### LA DESPEDIDA.

Todo concluye en este mundo, pero mas pronto todo lo dichoso; huye veloz el tiempo feliz que pasamos al lado de un amigo. ¡Fué preciso despedirse!

Abracé con emoción á Francisco, no sin darle mil veces gracias por haber regenerado mi existencia por una vida activa.

—Tú has realizado, le dije, lo que yo creía una quimera: la verdadera granja modelo.

—¿Y qué dirás tú, me contestó el intrépido jóven tomando un polvo, cuando yo haya establecido el drainage en mis campos para preservarlos de las inundaciones del invierno? Lo crearás un imposible ¿no es esto?

—Creo que bajo la mano del filósofo las malezas se convierten en rosas. Me siento inspirado con tu Oasis. Es preciso que yo atraviere los desiertos para ir á difundir mis inspiraciones. Recibe mi mas cordial adiós y mi mas sinceros deseos.

Me marché sin atreverme á mirar ni una sola vez á aquellos lugares que abandonaba. No hubiera tenido fuerza para arrancarme de ellos al leer sobre la colina, donde todavía se veían, las sagradas palabras escritas con letras de oro.

### EL GRANO DE TRIGO.

Me embarqué en Arzew llegando el mismo día á Alicante, y se oprimió mi corazón al considerar lo floreciente que se hallaba la agricultura en una colonia que lleva tan pocos años de existencia como la de la Argelia, y lo descuidada que se halla en nuestro país.

DE LA REFRACCION DE LA LUZ. Para que la luz refleje nos trace la imagen de un objeto, es preciso que obren muchos rayos juntos en diferente posición los unos respecto de los otros, pues los hay paralelos entre sí, convergentes ó divergentes, y las superficies sobre las que caen son planas, convexas ó cóncavas. En una superficie plana todos los rayos conservan su propia figura, de modo que en nada se altera su esencia.

En una superficie convexa se esparcen los rayos de luz, se disminuye su convergencia, y se aumenta su divergencia.

En una superficie cóncava se experimentan efectos contrarios, pues los rayos de luz se reconcentran, se aumenta su convergencia, y se disminuye su divergencia.

Los espejos se dividen en planos, convexas, cóncavos y mistos: entre los espejos planos se pueden colocar á los prismáticos y los piramidales, que no están compuestos sino de superficies planas, ó inclinadas las unas á las otras. Entre los espejos cóncavos, se pueden incluir los elípticos, y los parabólicos, cuyas superficies están compuestas de líneas curvas como las de los cóncavos. Los espejos mistos son los cilíndricos y los cónicos.



## ESTUDIOS MORALES.

## DOROTEA

## O EL CANTARO MILAGROSO.

Vamos á referir una sencilla leyenda de la edad media, que ha inspirado un buen cuadro al célebre pintor Elmerch del que hemos presentado una copia en el album que al principio del año hemos dado á nuestros suscritores.

Había en Andalucía, en el reino de Jaén, en un pueblo que se llama Solera, á fines del siglo XIV, un maestro carpintero muy hábil; pero que tenía la desgracia de emborracharse muchas veces á la semana.

Tenía este carpintero, una hija bellísima llamada Dorotea.

En el tiempo que comienza nuestra leyenda, Alvaro, que así se llama nuestro carpintero, había perdido por su mala conducta la confianza de sus parroquianos, y no le era posible, á pesar de su habilidad, hallar trabajo alguno entre sus convecinos.

Blasfemaba de la Providencia, acusándola de la miseria de que solo tenía la culpa su holgazanería y mala conducta; y descargaba su cólera sobre su pobre hija, bien inocente por cierto de su desgracia.

Una noche despues de haber roto, lleno de ira, la mayor parte de los muebles de su casa, se echó sobre su cama, fatigado con su desesperacion.

—Si pudiese beber, dijo, al menos bebiendo se olvidan las penas.

Había en las inmediaciones una cisterna famosa á diez leguas á la redonda, por la claridad y admirable gusto de sus aguas.

Viendo Dorotea á su padre con una sed febril, resultado de los accesos de su ira, se fué sin decir nada á llenar su cántaro á la famosa cisterna, y despues lo acercó á los labios del frenético.

—¿Qué bebida es esa? dijo despues de haberla probado.

—Agua, padre mio.

—¡Agua! dijo. ¡Agua! lo que heben los caballos y los patos. El desecho de la naturaleza, el residuo de las tempestades. Maldita sea mi suerte que me obliga á tragar este asqueroso brebaje.

—Pero, dijo Dorotea, esta agua es la mejor que hay en el mundo.

—¡Quítate de ahí, miserable! gritó el padre lleno de demencia, y cogiendo á la pobre criatura la derribó de un empujón.

Vaciló Dorotea, y el cántaro, causa de aquel altercado, fué á quebrarse contra la pared.

Aquel espectáculo irritó todavía mas á Alvaro: cogió un palo é iba á romperlo sobre las costillas de la niña que lloraba, magullada con su caída, cuando llamaron á la puerta....

La noche estaba oscura, amenazaba una tormenta, los relámpagos atravesaban las tinieblas.

—¿Quién va? dijo Alvaro.

—¿Qué os importa? le contestó una voz terrible. No teneis nada que os roben.

—¿Qué quereis?

—Entrar mientras llueve.

—Id con mil diablos, gritó Alvaro.

—Con ellos vengo, respondió la voz.

—No abro.

—Es lástima, porque traigo una carga que me pesa y me la podríais aliviar. Traigo un pellejo de vino añejo de manzanilla que haría beber á un muerto con su enterrador.

A estas palabras abrió tanto oído Alvaro.

—¿Con qué traes vino?

—Digno de figurar en la mesa de un emperador.

—Vamos, Dorotea, holgazana, llorona, ve á abrir á ese nectar la puerta de par en par, es preciso no dejarle á la lluvia. No me gusta el vino aguado.

La jóven antes de obedecer miró tímidamente á su padre.

—Es muy tarde para abrir á un desconocido, dijo.

—Ve á abrir inmediatamente, y no me quiebres la cabeza con tus reflexiones.

Dorotea llorando fué á alzar el picaporte y entró el desconocido. Era de alta estatura, de pelo rojo, y arrastraba tras de sí, como había dicho, un pellejo grande cubierto de barro por el exterior.

—Verdad has dicho, exclamó con alegría Alvaro al ver el pellejo de vino.

—Yo no miento nunca, replicó el viagero. La mentira no es el pecado de los orgullosos. Pues que me albergas en tu choza, saca vasos y beberemos.

—Ni vasos ni dinero tengo. Dorotea, trae dos tazas á su señoría.

La jóven sacó del armario dos tazas.

Abrieron el pellejo del que salió un vino de un color admirable de verde y oro, de esquisito olor y de excelente gusto, de lo mejor de las viñas de Andalucía.

Alvaro bebió sendos tragos, y despues preguntó al forastero que quién era.

—Toma, dijo el viagero, parece que se necesita tener un pasaporte para echar un trago con vos ¿Sois acaso el alcalde?

Alvaro soltó una carcajada.

—¡Alcalde yo! Soy.... Soy carpintero.

—¡Mal oficio! exclamó el desconocido, echándole nuevamente de beber.

—¿Es mejor el vuestro? dijo Alvaro.

—Sí.

—¿Cuál?

—Soy tratante en almas.

—¡Va!

—Si, trafico en esto hace mucho tiempo, y me va muy mal.





*Blasius pinx.*

*J. de la Torre sculp.*

*L. Monnier sculp.*

*Dorotea o el Cantaro milagroso*





—¿Y á como pagais un alma?  
—Segun; un alma de un hombre hecho, de viejo, de cómica, de bailarina, de filósofo, no es muy cara.

—¿Y mi alma?

—Un alma de borracho! dijo con desden el desconocido.

—¡Hola tío Rojo! me gusta el vino; pero no tolero que me insulten.

—¡Bah! así son todos los hombres, quisquillosos en las palabras, cínicos en las cosas: bebed y tendreis mas lógica.

—Eso es, replicó Alvaro amansándose, bebamos enhorabuena.

Yo que no tengo nada, quisiera vender mi alma, ¿cuánto me dais?

—Poco, porque esperamos tenerla gratis; os gusta el vino, y este quita la vida, apaga la inteligencia, embrutece el espíritu, paraliza el cuerpo tomado en gran cantidad, y el vino á pesar vuestro os entregará á mi amo Lucifer.

—¿Y si me corrigiese? ¿si no bebiese mas que agua?

—Os desafío á que lo hagais.

—Teneis razón.

—¿Cómo es que esta niña no bebe con nosotros?

—Gracias, no tengo sed, respondió Dorotea sin dejar de recoger los pedazos de su cántaro roto, que estaba buscando por el suelo.

En aquel momento un trueno hizo desgajarse las nubes en agua.

—¡Diablo! dijo Alvaro medio borracho.

—¿Me habeis llamado? dijo el desconocido.

—¿Yo? No; he dicho, diablo.

—Pues bien, acabais de pronunciar mi nombre.

—¿Queréis comprarme algo?

—Sí.

—¿Mi alma?

—No.

—¿Pues qué?

—La de esta jóven.

Dorotea se estremeció y echó instintivamente mano á su rosario.

—Calla, dijo Alvaro. ¿Puedo yo disponer de su alma?

—¿No sois su padre? respondió el hombre rojo. En ese caso como respondeis ante Dios, podéis hacer cuanto os agrade bajo vuestra responsabilidad particular.

—Y ¿cuánto me dais?

—Hay precios establecidos. Cinco mil escudos de oro por una jóven doncella.

—Muy bien, dijo Alvaro.

—Pero, padre mio, dijo suspirando Dorotea, apenas tengo diez y ocho años.

—¡Menor! Esclamó el demonio, ¡menor! entonces son mil escudos mas.

—Pero ¡padre mio! si soy de la congregacion de la Virgen.

—¡De la congregacion de la Virgen! continuó el negro mensajero; entonces son en todo diez mil escudos.

—Diez mil escudos, repitió aullando Alvaro.

—Diez mil escudos repitió á la vez el comisionado del Tártaro.

—Dadme la mano: negocio concluido, su alma es vuestra.

Sacó entonces de su bolsillo el comprador un pergamino escrito con caracteres encarnados, en que estaba escrito el acta de venta del alma de la hija de Alvaro, se lo hizo leer, despues se lo presentó para que lo firmase.

—Alto allá, dijo Alvaro, toma y daca, venga el dinero y firmaré entonces.

Sacó el desconocido un cuerno de acero, lo tocó, é inmediatamente se pararon delante de la puerta de la casa un peloton de hombres á caballo.

—¡Ahí están mis gentes, dijo el hombre rojo.

Abrió la puerta, salió, y á poco volvió á entrar con un gran saco que contenia diez mil escudos en oro, los puso delante de Alvaro, embrutecido por el vino.

Sea que la vista de aquel tesoro hubiese aumentado la fatiga de su quebrantada cabeza, sea que el sueño, causa de la apoplejía vinosa, hubiese llegado á su colmo, Alvaro no tuvo fuerza mas que para apoderarse del saco, estrecharlo contra su pecho, firmar el pergamino y quedarse profundamente dormido.

Dorotea, durante este tiempo, miraba sollozando á los caballeros que rodeaban la puerta, eran nueve, relucientes cascos cubrían su cabeza, y negros bigotes sombreaban su rostro.

Al volver de su sorpresa vió cerca de sí al demonio. Habia arrojado su peluca roja y se le presentaba bajo la forma de un gentil y apuesto caballero, como de unos treinta años.

—Dorotea, la dijo; vuestra alma es mia.

—Devolvedmela, señor demonio, se la habia prometido á Dios y á su santa Madre la Virgen; devolvedmela, trabajaré dia y noche para pagaros el dinero que por ella habeis dado.

—No, dijo el demonio; ¿qué temeis de mí, tan feo soy?

—No, sin duda: pero mi padre se condenará.

—¿Y qué importa? sin esto se hubiera condenado.

—Maldito vino, traidor licor, causa de todos nuestros pesares.

El diablo miraba con atencion á la jóven oyéndola preferir aquellas palabras. Parecia muy complacido con sus gracias y seneillez. ¿Y á vos no os gusta el vino? dijo Dorotea.

—No, cuando los que lo beben se ponen en semejante estado, y al mismo tiempo señaló á Alvaro, que dormia con un sueño convulsivo. Sin embargo, tengo sed, el pellejo está vacío, y daria algo por beber un trago á mi vez.

—Ya lo veis, el vino es peligroso, da sed.

—Nosotros los demonios bebemos mucho, vivimos en pais caliente; esto seca la lengua, y cuando tomamos forma humana, estamos espuestos á sus flaquezas.

Dorotea, con aire suplicante, le dijo al forastero:

—Si quisiéreis volverme á ceder mi alma, yo aplacaria vuestra sed con agua la mas pura que hay en el mundo.

—Pero un vaso de agua no vale los diez mil escudos de oro sobre los que está roncando Alvaro en este momento.

—Y yo no quiero mas que una parte de mi alma.

—Sin embargo, es preciso ser lógicos; una alma no se divide como una espiga y no podeis, como Proserpina, pasar la mitad del tiempo en el infierno y la otra mitad en el cielo. Pero en fin, hay una condicion posible para poder invalidar la venta.

—Decid, señor demonio.

—Dadme un cántaro de agua.

—Pues es cosa perdida; ya no tengo cántaro: mi padre me lo ha hecho pedazos.

—Es que á él no le gusta el agua y es muy aficionado á



la parra; prefiere su color verde y sus nudosos brazos, sus granos azulados y mosqueados á todos los manantiales mas puros; y no sé que he de hacer; tengo una sed de infierno.

—Pues voy á la cisterna con una taza, y sino basta con una volveré cuantas veces sean necesarias.

Después de haber tomado esta valerosa resolución, Dorotea se puso en camino y por tres veces pasó por delante de los sombríos caballeros para llevar á los labios del demonio el refrigerante líquido.

Durante este tiempo Alvaro dormía siempre.

—Y bien, joven, la dijo el diablo después de haber apagado su sed, ¿quieres saber el secreto para rescatar tu alma?

—¡Ya lo creo!

—Cásate.

—¡Casarme!

—Si caes en poder de un esposo que sea buen cristiano se batirá con nosotros por tu salvación.

—Yo bien quisiera casarme ¿pero quién querrá casarse con una muger cuya alma es del diablo?

—Yo te daré un regalo.

—No lo necesito, respondió Dorotea.

—Lo haces bendecir por el cura y con él encontrarás tu salvación. Adios, joven, mañana recibirás mi regalo, pero cástate pronto si quieres escapar de nuestro poder.

Al decir estas últimas palabras el negro espíritu montó ligeramente en el caballo que los caballeros que habia dejado á la puerta tenían de las riendas, y desapareció con ellos en el bosque.

Muy triste quedó Dorotea al lado de su padre que continuaba siempre en el mismo profundísimo sueño. Al amanecer vino su primo, que era un gallardo mancebo, pobre como ella pero muy honrado, al cual contó lo que la habia pasado la noche antes, y cuando esperaba que éste mostrase asombro y se retrajese en los amores con que hacia tiempo la requeria, oyó que la dijo:

—Me caso contigo; y ahora que perteneces á los espíritus malignos no tengo necesidad del permiso de tu padre.

—Os casais con una muger sin alma.

—Yo haré que te la devuelvan.

Fueron, pues, á ver al buen cura para que les diese su santa bendición, y este les dijo que tenia que darle un regalo de parte de un desconocido.

—Ya lo sé, dijo, pero no debo tomarlo.

—Acéptalo, dijo el digno sacerdote, yo lo tomo á mi cargo.

—En ese caso estoy tranquila.

Estendió la mano la joven y el cura la entregó el anunciado regalo. Era un cántaro... nada mas que un cántaro, de barro de tierra de Castilla, con rayas negras y asa curva.

—¡Un simple cántaro! le dijo Dorotea.

—Para suplir al que os han roto. Habeis dado de beber á un viajero sediento y os le ofrece en recompensa de vuestra virtud.

—No es muy generoso, dijo el esposo.

—Aguardad; os concede en toda propiedad la cisterna de la que habeis sacado el agua, y podeis haceros pagar un derecho por permitir sacar de ella agua á los pueblos vecinos.

—Pero si es imposible, dijo la recién casada; la cisterna pertenece al señor.

—El desconocido ha arreglado un contrato en forma; aquí teneis el título de pertenencia formado y legalizado en vuestro nombre.

—Vamos, dijo en voz baja Dorotea tomando el cántaro, el diablo hace bien las cosas; ¡lástima que sean tan malas!

Al cabo de dos dias vino una orden, no se sabe de donde, por la cual se prohibió á los habitantes de los pueblos inmediatos sacar agua de la cisterna. Alvaro, que se habia quedado solo, en su soledad habia vuelto en sí, y sintió los remordimientos entrar en su alma. Vió delante de sí los brillantes escudos; pero durante dos dias conoció lo poco provechosos que le serian. Sintió hambre y en vano trató de buscar alimento, porque nadie queria recibir su dinero ni cambiar su oro por víveres, temerosos de que aquel dinero les trajese algun perjuicio.

—¡Compasion! ¡compasion! decia el desgraciado.

—No hay compasion para el malvado que ha vendido el alma de su hija.

—Tomad mi tesoro y dadme los medios de vivir.

—Vuestro tesoro ha sido mal adquirido, y las monedas están marcadas con el sello de Lucifer, le respondian en todas partes.

Lleno de hambre, agitado, desesperado, Alvaro llamo á grandes gritos en el bosque al desconocido á cuya generosidad debia sus dolores. En vano recorrió todos aquellos sitios, en ninguna parte lo halló. En aquella triste situacion, vuelto en sí, recordó que todos los caminos le estaban cerrados, no quedándole mas que uno que jamás se cerró al desgraciado; aquel en que el pecador arrepentido, el culpable llorando su falta eran recibidos con bondad y despedidos con dulces consuelos: era la casa del cura. Fué, pues allí, se arrojó á sus pies, confesó su crimen, recibió la absolucion y la esperanza que le dió el cura de que Dios no permitiria se llevase á efecto aquella venta. Entregó el dinero al cura para que lo arrojase en la cisterna, no pudiendo servir para nadie por la procedencia diabólica que tenia. No quiso hacerlo el mismo Alvaro por no volver á tocar aquel endiablado oro. Arrojado el dinero á la cisterna, Dorotea, que habitaba una casita cerca de la del cura y que iba todas las mañanas á sacar agua de la cisterna con el cántaro del desconocido, vió un dia que el agua estaba sumamente baja y por mas esfuerzos que hacia no podia sacar su cántaro. Se volvió á su casa llena de sorpresa al ver que éste pesaba mas que lo ordinario.

—Echame agua, la dijo su marido alargando un vaso, tengo sed, que el agua es el nectar de los pobres y la providencia de los labradores.

Dorotea echó agua. ¡Oh sorpresa! El vaso sonó argentamente y una porcion de escudos de oro aparecieron.

—¡Milagro!

—El cántaro está encantado, replicó el esposo.

—¡Qué gran cantidad de dinero, de oro, y todo es nuestro!

—¿Deberemos ocultar esto? observó el prudente marido.

—Hijos míos, les dijo el cura su vecino, que se hallaba sentado á la puerta de su casa y seguia con atencion aquella escena, ese dinero es vuestro, podeis gastarlo sin temor; bendecido el cántaro, bendecidos son sus provechos.



—Bien pronto supo la aldea entera el suceso y se llenó de consternación temiendo prohibieran sacar agua, aun por la retribución; pero no fue así. Los dos esposos eran demasiado generosos y verdaderos cristianos, y sin exigir retribución alguna mas que la que antes les pagaban, permitieron á todos sacar agua de la cisterna, de la que alguna vez sacaban también alguna moneda de oro. Dorotea sin embargo se ponía triste de cuando en cuando pensando si podía tener efecto la venta que habia hecho su padre de su alma al diablo. En vano el marido trataba de tranquilizarla; pero el misterio de todo el suceso y las dudas llegaron un día á aclararse.

Llegó el día en que se celebraba la fiesta de la aldea, y en medio de la alegría, de las músicas, de los juegos y los bailes de las aldeanas, se aparecieron dos caballeros que llevaban de la brida á dos caballos.

El uno de ellos era un hombre alto, hermoso, vestido con gran lujo: era el señor de la comarca. Era un verdadero rico-hombre de aquel tiempo, altivo con los grandes, afable con los humildes: hacia diez años que la habia heredada de su padre; habia estado ocupado en las guerras de Navarra y Aragon, y era casi un extraño para los habitantes de Solera, en Andalucía, porque habia, ademas, pasado una gran parte de sus primeros años viajando é instruyéndose sobre los hombres y las cosas de su siglo. Los nueve caballeros que le escoltaban llevaban el traje de hombres de armas con sus colores, y colgado de la silla del caballo se veia, con gran asombro de los curiosos, un objeto inusitado en las costumbres y trages de la caballería y de los señores: era un pellejo vacío.

—Y bien, carpintero, dijo á Alvaro confuso y asombrado el desconocido caballero ¿no quieres echar un trago conmigo y llenar mi pellejo con buen vino?

Alvaro no contestó.

—¿Has olvidado nuestra entrevista durante la tempestad, con el rayo y el relámpago por acompañamiento? Hermoso y alegre era aquello; el agua caía á torrentes por fuera, y el vino caía á torrentes por dentro.

—¡Chist! ¡chist! decia Alvaro volviendo la cabeza á todos lados, no me recordéis ese fatal momento que quisiera borrar de mi memoria.

—¿Cómo, Alvaro! replicó su antiguo parroquiano ¿desprecias al comprador de tu mercancía que te la pagó al contado?

—¡Por compasión, por compasión! repuso Alvaro ocultándose entre la multitud de los villanos; olvidad este crimen que deploro: he hecho ya penitencia por él: Señor, Señor, libradme de la tentación de este demonio.

Echóse á reir el caballero con aquella risa estridente que habia empleado la noche de su entrevista con el carpintero, y echándole mano, cogió á Alvaro confundido por esta acción.

—Es muy mal hecho, le dijo afablemente, renegar de sus parroquianos.

En seguida dijo:

—Que se me presente Dorotea y su esposo.

—Señor! exclamó la joven al reconocerle; ¡es el diablo, el diablo que habia comprado mi pobre alma!

—¡Dios mío! exclamó Alvaro dejando caer la cabeza sobre el pecho y agarrándose á su vecino para no caerse; ¡es el comprador de el alma de mi hija!

—Vamos despacio, dijo el señor; y dirigiéndose al respetable sacerdote añadió: tranquilizad á estas buenas gentes: yo no soy un espíritu infernal sino el amigo de todos: Alvaro, tú eres un carpintero excelente, y mas que un obrero eres un artista. He oído y he visto tu furor por la borrachera y he querido castigarte.... Yo soy el que llené el pellejo de vino de manzanilla para probar hasta donde puede llegar la borrachera. Yo soy el que te propuse la venta fatal, que tú aceptaste, del alma de esta buena niña: hacer el diablo no es difícil con una peluca roja y al resplandor de los relámpagos de una noche de truenos, de tempestad, y llevando por escuderos á nueve hombres de armas cubiertos con capas negras.

—¿Cómo, señor, que ventura! dijo Dorotea ¿erais vos al que yo hice beber tres veces y que me ha regalado el don milagroso que me ha producido tanto oro?

—Yo te le regalé por haber ocasionado tu desgracia, pero el cántaro estaba bendito por el cura que sabia mi secreto.

—Y esa cisterna, preguntó el marido de Dorotea, ¿por qué oculta oro?

—El arrepentimiento del culpable ha favorecido á los inocentes, contestó el cura. Alvaro me habia encargado que destruyese el precio de su traición y lo arrojé á la cisterna á fin de contribuir á premiar la belleza de vuestros corazones. Como os habeis manifestado buenos cristianos habeis llamado á vuestros amigos á participar de vuestra opulencia que os llegaba envuelta en el agua: el Señor os ha recompensado. Teneis ya el aprecio de todos y el afecto de cada uno en particular: vuestra posteridad será bendecida.

El señor de Solera quiso tener á Dorotea y á su marido á su servicio y los llenó de favores. Alvaro se hizo viejo, y tuvo necesidad de todas las exhortaciones del cura para resolverse á beber un poco de agua y vino, y gracias á su templanza, vivió cerca de un siglo.

Hoy que hace cerca de cuatrocientos años que se han verificado los sucesos que acabamos de contar, aun existe en Solera la cisterna maravillosa y se ve el palacio feudal que habitaba aquel señor, el cual con el trascurso de los tiempos ha venido á parar á un opulento banquero español que ha muerto en París hace muy pocos meses. El castillo se ve recientemente restaurado y presenta el aspecto que tenia en su primitiva época.

## MÁXIMA MORAL.

Los avaros de la ciencia no valen más que los que lo son de la riqueza. Al guardar para sí lo que á todos puede servir, roban á la humanidad. El pobre necesita el pan, y el rico avariento los deja morir de hambre á su puerta. Las naciones tienen necesidad de ilustrarse, y el sabio egoísta deja acrecentarse el error y hacerse mas espesas las tinieblas. Los dos tendrán que dar estrecha cuenta al Supremo Juez. Nadie tiene derecho de poner la luz bajo del celemin. Lo que se sabe debe enseñarse: lo que se ignora, no se debe aprender sino para transmitirlo, ó para hacerse mejor para cumplir mejor la obra de simpatía y de caridad.

A. GRUN.



## ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

### EMIGRACION DE LAS AVES:

Un confidente de la naturaleza, alma sagrada, tan sencilla como profunda, Virgilio, ha visto el pájaro como lo había visto la antigua sabiduría itálica, como augur y profeta de la mudanza del cielo.

Ser eminentemente eléctrico, el pájaro está mas que

ción mas lenta, y que no la siente sino despues de sucedida, interroga á su precursor instintivo que las anuncia? Este es el principio de los augures. Nada mas sabio que esa pretendida locura de la antigüedad.

La meteorología especialmente sacaba de ellos una gran ventaja. Tendrá medios mas seguros, pero encontraba ya un guia en la presciencia de los pájaros. Si Napoleon en setiembre de 1811 hubiera contemplado el prematuro pa-



La oropéndola de los Estados Unidos en los cerezos de España.

ningun otro en relacion con numerosos fenómenos de meteorología, de calor y de magnetismo; que nuestros sentidos y nuestra apreciacion no alcanzan. Los percibe en su nacimiento, en sus primeros principios, mucho antes que se pronuncien: tiene como una especie de presciencia física. ¿Qué cosa mas natural que el hombre de una percep-

sage de los pájaros del Norte, las cigüeñas y las grullas le hubieran informado bien. En su precoz emigracion hubiera adivinado la inminencia de un grande y terrible invierno. Los pájaros se apresuraron á volar al Mediodía, y él se quedó en Moscou. Aquella desastrosa campaña le costó el trono.